
LA CRISIS POLITICA DE AMERICA LATINA Y LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Luis Alberto Restrepo*

Desde comienzos del siglo XX hasta los inicios de los años sesenta, América Latina parecía tener claro su destino histórico. Desde los sesenta hasta hoy no cesa de adentrarse en la incertidumbre, aunque sólo ahora —a fines de los ochenta— parece reconocerlo. No son muchos los signos de esperanza, pero están ahí, cruzados con síntomas de fatiga y desesperación suicida. En las filas de la esperanza militar, entre otros procesos, el debilitamiento de la hegemonía norteamericana en el área, el crecimiento de una conciencia de solidaridad latinoamericana, los primeros esbozos de coordinación política y de autonomía regional frente a los Estados Unidos, la erosión de la frágil hegemonía de las clases dominantes, la revaluación de la democracia desde una perspectiva “popular” (1) y, por sobre todo, el surgimiento de nuevas formas de organización y acción de los sectores sociales subalternos. Son ellas el tema central de este ensayo.

Pero no podemos desconocer las señales de alarma: la creciente descomposición social, el corrosivo auge del narcotráfico que va desde los países andinos hasta América del Norte y Europa, el fortalecimiento de algunas guerrillas que cubren la carencia de proyecto político con la acción militar y la agudización de la guerra sucia como forma de represión privilegiada. Todos estos factores contradictorios hacen de la época un período incierto y azaroso.

Presentamos aquí, en primer lugar, el contexto de la evolución histórica latinoamericana en este siglo, particularmente a partir de los años sesenta hasta hoy. En la segunda parte, esbozamos los horizontes de emancipación que se abren para el continente desde la perspectiva de los Movimientos Sociales, sobre todo de los más recientes.

1. CONTEXTO HISTORICO DE AMERICA LATINA

A pesar de sus indudables diferencias, las naciones latinoamericanas tienen también rasgos comunes en su acontecer histórico. La primera mitad del siglo fue de ilusiones y esperanzas. Los años sesenta, de tropiezos y agudos conflictos. Los setenta, de represión y alegre endeudamiento. Los ochenta de manifestación de la crisis global, encubierta apenas por un in-

* Filósofo. Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

1. No hablamos de “popular” y de “pueblo” en el sentido rousseauiano del conjunto de los ciudadanos asociados mediante el Contrato Social. Asumimos aquí lo popular como designación genérica que envuelve al conjunto de clases subalternas e incluso de clases medias hoy afectadas por la crisis estructural del modelo de desarrollo latinoamericano. La insuficiente constitución y diferenciación de las clases sociales en el continente, a la que nos referiremos más adelante, han generalizado el recurso al término de “pueblo” para referirse al conjunto de las clases subalternas.

cierto retorno a los gobiernos civiles en varios países antes asolados por dictaduras militares. El espíritu de estas cuatro décadas, de fronteras temporales imprecisas, nos sirve de esquema para esta sintética presentación histórica.

1. El "modelo" de desarrollo capitalista

Con diferencias de tiempo, la mayor parte de los países de América Latina emprendieron el camino de la industrialización en la primera mitad del siglo XX. Especial ímpetu le dio al proceso de "sustitución de importaciones" la década de los cincuenta, con la poderosa expansión capitalista de la posguerra.

Con la industrialización, nació la ilusión del desarrollo, acariciada por las nuevas clases dirigentes latinoamericanas. El sentido de la historia del continente parecía asegurado: el subdesarrollo era un retraso temporal, pero los países de América Latina marchaban hacia la plena incorporación en el mundo desarrollado. Eran países "en vías de desarrollo". El camino estaba ya trazado: creación de industria nacional, ampliación del mercado interno, fortalecimiento de la democracia representativa, consolidación del Estado nacional y, por ende, urbanización, expansión de las capas medias, extensión del sistema educativo. Hacia el logro de este fin se orientaron todos los recursos. La sociedad norteamericana, convertida en "modelo", era el futuro continental. En esta imagen reflejada por la sociología de América del Norte, contemplaba América Latina su propia identidad y su destino.

Sobre tal ilusión fundaron su hegemonía las clases dirigentes hasta comienzos de los años sesenta. Es cierto: fue una hegemonía superficial. La burguesía industrial latinoamericana surgió con un déficit de identidad nunca subsanado. A la verdad, no ha sido nunca una burguesía industrial en sentido pleno. Como clase no se constituyó en franca lid con la oligarquía terrateniente y agroexportadora del siglo XIX, sino más bien como derivación y prolongación suya. No ha sido creadora de tecnología, sino simple importadora, y por ello dependiente. Hasta cierto punto, más comerciante que industrial. Su constitución no estuvo acompañada por un proceso de creación científica, ética, estética y filosófica que le diera profundidad a

su proyecto histórico. Creció en hombros de una industrialización inorgánica e importada, que acompañó con una similar importación cultural, incoherente y no bien digerida. Al igual que su identidad de clase, también su hegemonía ha sido superficial. No ha podido generar sólidos consensos en torno a proyectos de desarrollo nacional que permitan integrar a las distintas clases sociales. En el paso del régimen oligárquico al Estado burgués, la clase fundamental se vio obligada con frecuencia a suplir el vacío de dirección intelectual por el recurso a la figura un caudillo populista que encarnara la unidad nacional (2), y en momentos de crisis no ha tenido reparos en sustituir su propia dirección por la coerción militar (3). La democracia liberal ha oscilado, pues, entre estos dos polos.

La falta de identidad de la burguesía se ha proyectado también sobre las clases subalternas, particularmente sobre las urbanas. Nunca han estado bien definidos los perfiles de clase en América Latina y, en consecuencia, tampoco sus fronteras y conflictos. Las relaciones sociales son complejas y a veces contradictorias. Las clases trabajadoras urbanas conservan muchos rasgos de su origen agrario y han establecido frecuentemente con sus patronos relaciones de tipo tradicional. Las amplias capas de desempleados y subempleados que no han sido integradas al modelo formal de desarrollo, han permanecido dispersas y atomizadas, sin organización ni representación social o política. Falta, pues, organicidad y coherencia en la conformación de la sociedad civil. Ante esta aguda fragmentación social, es posible incluso preguntarse en qué medida es lícito hablar de sociedad civil. La insuficiente definición de las clases sociales ha afectado, incluso, la misma identidad nacional y continental.

2. Ejemplos significativos son los de Juan Domingo Perón en la Argentina, Getulio Vargas en el Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Rómulo Betancur en Venezuela, José María Velasco Ibarra en Ecuador. Hubo también líderes populistas que no llegaron al poder, como Victor Raúl Haya de la Torre en Perú.
3. Como se sabe, la lista de dictaduras y dictadores en América Latina, a lo largo del siglo XX, es inagotable. Van desde las dictaduras proconsulares impuestas en los países centroamericanos y del Caribe, hasta Juan Vicente Gómez, por ejemplo, quien permaneció durante 27 años en el poder en Venezuela (1914-1941). Bolivia ha sufrido más golpes militares que años tiene de independencia. Colombia y Costa Rica, son, en cierto modo, la excepción.

Esta peculiaridad de la conformación social del continente, ignorada con frecuencia en las dos décadas anteriores, es importante hoy para comprender, entre otras cosas, una de las funciones básicas que pueden cumplir los Movimientos Sociales más recientes: contribuir a la identificación de los distintos actores sociales subalternos.

El desarrollo capitalista "normal" fue, pues, hasta fines de los cincuenta, la ilusión de una clase burguesa débil. Los sesenta dan la campanada de alerta: el sueño ha concluido. Ya entonces se manifiesta la inviabilidad del proyecto desarrollista. Pero, por circunstancias a las que nos referiremos luego, todavía se la pudo ocultar y postergar por veinte años más. En los ochenta las élites siguen hablando de desarrollo, pero el de hoy es un desarrollismo de fachadas, sin ilusiones.

2. Los sesenta: crisis del modelo y disyuntiva histórica

A comienzos de los años sesenta, el desarrollo capitalista en América Latina parecía llegar a su fin. La distancia entre el continente y los países avanzados, en lugar de disminuir, crecía aceleradamente. Aumentaba el déficit comercial. La industrialización inducida se mostraba incapaz de absorber la mano de obra desalojada por la penetración capitalista en el campo. Se expandía una urbanización salvaje, que introducía masivamente el conflicto de clases en las grandes ciudades. El abandono del campo contribuía al encarecimiento de los alimentos y a la inflación. Estos graves desajustes del modelo dificultaban aún más la formulación de un proyecto nacional y la implantación de una sólida hegemonía burguesa.

Ya desde los años cincuenta, la teoría económica de la CEPAL (4) comenzaba a mirar el subdesarrollo desde una perspectiva latinoamericana. De su raíz surgió, en los sesenta, la crítica al desarrollismo de la "escuela de la dependencia" (5). Sus autores aceptaban aún, implícitamente,

el modelo ideal de sociedad industrializada propuesto por los países avanzados pero, a diferencia de la versión rostowiana, no veían el subdesarrollo como un simple retraso temporal dentro de un proceso lineal en curso, sino como el resultado directo del desarrollo de los países ricos. El enriquecimiento de éstos era producto de nuestro empobrecimiento relativo y a la inversa. Esta relación contradictoria estaba fundada, según esta interpretación, en el modelo dependiente de desarrollo adoptado por América Latina, basado en la exportación de materias primas cada vez más baratas y en la importación de bienes de capital siempre más costosos. No estaba, pues, el continente "en vías de desarrollo" como lo habían predicado hasta entonces las élites, sino más bien en proceso de subdesarrollo: en el "desarrollo del subdesarrollo" (6). Los estudios de la Escuela de la Dependencia ponían de manifiesto una relación contradictoria y conflictiva entre América Latina y los países industrializados, en vez del apacible paralelismo predicado hasta entonces por la sociología norteamericana.

Al fracaso del modelo económico vino a sumarse un factor de aguda desestabilización política: la revolución cubana y su impacto continental. En 1959, 82 jóvenes levantados en armas lograron acaudillar la lucha del pueblo cubano contra el odiado dictador Batista. Impulsado luego por los intentos de invasión y por el bloqueo promovido por los Estados Unidos, el 2 de noviembre de 1961 Fidel Castro declaró a la isla como nueva "República socialista".

Ante la emergencia provocada por la crisis del modelo, la administración estadounidense lanzó la Alianza para el Progreso (7) como una especie de Plan Marshall para América Latina, ligada desde luego a programas de contrainsurgencia. Tras la breve euforia que suscitó, el plan tampoco surtió efecto. Una sensación de frustración comenzaba a invadir al continente.

En este contexto de crisis, la revolución cubana resonó en la juventud de capas medias como la alternativa histórica inmediata. Con su fervor, lograron arrastrar a minorías campesinas y a

4. Gracias a la adaptación del keynesianismo a la América Latina, realizada por Raúl Prebisch, Celso Furtado y otros.

5. A ella pertenecen, entre otros, André Gunder Frank, Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, Quijano y Weffort, Theotonio dos Santos y Ruy Mauro Marini.

6. André Gunder Frank.

7. Propuesta por el presidente Kennedy a las naciones latinoamericanas el 13 de mayo de 1961.

reducidos núcleos de empleados y obreros. Si el desarrollo capitalista dependiente había llegado a un callejón sin salida, estaba allí, a la vuelta de la esquina, la revolución continental. El estancamiento del modelo de desarrollo predominante desde el primer cuarto del siglo, se transformaba así en una aguda bifurcación de generaciones y proyectos históricos, y en un conflicto interno que no ha concluido aún.

Del tronco de los antiguos Partidos Comunistas, atados a los cálculos geopolíticos de la Unión Soviética, se desprendieron, una tras otra, las disidencias. Cada una de ellas adquiría identidad por referencia a un nuevo centro de poder del socialismo internacional, considerado de nuevo como "modelo". En nombre de la emancipación, se acogía de nuevo el germen intelectual de la dependencia. Nacieron así organizaciones de inspiración explícitamente cubana. Con motivo de la ruptura de China con la URSS (1960), hizo irrupción el maoísmo en la segunda mitad de la década. Más tarde, aparecieron las nuevas corrientes socialistas de tipo legal, próximas o afiliadas a la IV Internacional.

A pesar de sus diferencias, las organizaciones de la nueva izquierda coincidían en su ruptura con el Partido Comunista, calificado de revisionista, en el rechazo absoluto a las instituciones "democrático-burguesas", y en la simpatía por la lucha armada. Prosperaron los "focos" guerrilleros lanzados a la rápida conquista del poder, acompañados luego por los "ejércitos populares" de inspiración maoista. De algún modo, todas las organizaciones revolucionarias compartían la concepción heroica de la lucha armada. Incluso las agrupaciones legales, miraban hacia ella con el rabillo del ojo. La certeza del triunfo les confería una adhesión casi confesional al marxismo-leninismo. La figura del "Che" Guevara, desaparecido de Cuba y reaparecido luego en las montañas bolivianas para encender el primero de los muchos Vietnams latinoamericanos, se convirtió en el símbolo de una generación. La revolución continental estaba en marcha.

El destino histórico de América Latina quedaba así colocado ante la disyuntiva: revolución socialista o mantenimiento a la fuerza de un "desarrollo" capitalista inviable pero afincado

en todas las estructuras de poder. Esperanza contra frustración. Juventud contra antiguos privilegios en decadencia.

3. La transición de los setenta

Si los años sesenta plantearon una disyuntiva radical de proyectos históricos para el continente, los setenta pueden considerarse como años de transición y redefinición de ambas alternativas: transformación del modelo de acumulación capitalista dominante y evolución simultánea de los proyectos de liberación. Esta doble transición implicó graves traumatismos.

Impulsado por la paulatina disminución de la tasa de ganancia, durante los años setenta el capitalismo mundial aceleró su proceso de internacionalización hasta en convertirlo en nuevo modelo de acumulación. En efecto, las empresas de los países industrializados desbordaron las estrechas fronteras nacionales para buscar su asociación con otros capitales, disponer de materias primas y mano de obra más baratas, menores impuestos y nuevos mercados para sus productos tanto tradicionales como de punta. En este proceso de expansión transnacional, el capital financiero jugó y sigue desempeñando un papel clave: permite la fusión de los capitales, su desplazamiento internacional y su inversión en los países y ramas más rentables de la economía mundial.

Ante el estancamiento del modelo de industrialización basado en la protección al capital nacional, ya desde fines de los sesenta, las élites latinoamericanas venían buscando, a través de políticas neo-liberales de apertura e integración al mercado mundial, su articulación al nuevo modelo en curso, basado en la acumulación transnacional. La transición tuvo su punto de apoyo fundamental en el capital financiero, que a través de créditos abundantes condicionó el modo específico de vinculación de América Latina al nuevo esquema capitalista.

En efecto, la crisis del modelo de sustitución de importaciones encontró un aparente paliativo en la generosa oferta de créditos blandos por parte del capital transnacional. Los petrodólares generados por las sacudidas petroleras de 1973 y 1979, acumulados en la banca privada

de los países avanzados (sobre todo en la banca de Estados Unidos), fluyeron hacia el Tercer Mundo, y en particular hacia América Latina. Gobiernos y clases dirigentes latinoamericanas, ávidos de unas divisas siempre esquivas en el pasado, recibieron dólares a manos llenas. La crisis podía ser temporalmente encubierta.

Los créditos externos contribuyeron a consolidar las condiciones económicas y políticas de la internacionalización del capital en América Latina: el dinero que no retornó a través de cuentas privadas, vía corrupción administrativa, a la banca internacional, se destinó en su mayor parte a grandes obras de infraestructura y a equipamiento militar. Represas, centrales hidroeléctricas, exploraciones petroleras y vías de comunicación "hacia fuera", hacia el mercado mundial, mejoraron las futuras condiciones de producción y circulación del nuevo esquema neo-liberal. El equipamiento militar, a la vez que le creaba nuevos mercados a la industria de armamentos, eje del capital productivo transnacional, fortalecía a los Estados latinoamericanos en su lucha contra la "subversión comunista".

Pero más importante que esos efectos inmediatos, el abundante crédito externo tendría otro más fundamental: la hipoteca a término indefinido de las economías latinoamericanas al capital financiero y el sometimiento creciente de los Estados nacionales a los dictados del capital transnacional, al que las mismas élites del continente están vinculadas. Pero estas dimensiones de la generosidad crediticia sólo se harían evidentes para la mayoría de la población en los años ochenta. Entre tanto, en los setenta, las clases dirigentes latinoamericanas veían con muy buenos ojos el auge de las grandes obras públicas, la revitalización artificial de sus débiles economías, el reciclaje de sus capitales y el fortalecimiento militar de sus aparatos de Estado contra "la infiltración cubano-soviética".

En efecto, en el contexto de agitación política del continente, la crisis social a la que había conducido el antiguo modelo de acumulación, acelerada ahora por la implantación del nuevo, requirió de la militarización del Estado. Ante la crisis, las clases dirigentes y sus Partidos no

tuvieron dificultad en ceder el mando a las Fuerzas Armadas. Sin embargo, las dictaduras significaban el fracaso del tradicional modelo de desarrollo capitalista que había inspirado a las burguesías hasta entonces y que debía incluir, aunque sólo fuera como subproducto, la consolidación de la democracia representativa. Para la juventud rebelde, por su parte, los regímenes de fuerza trajeron consigo persecución, tortura y muerte. La proliferación de dictaduras militares y gobiernos autoritarios dieron al traste, simultáneamente, con las democracias representativas soñadas por las clases dirigentes de la primera mitad del siglo y con los proyectos revolucionarios de corto plazo, inspirados en el modelo cubano. Por una década al menos, las alternativas políticas quedaban en suspenso. La transición se hizo a fuerza de terror oficial.

A la par con la expansión del capital transnacional y casi en proporción directa al grado de organización y lucha de los movimientos revolucionarios, irrumpió en la escena un nuevo militarismo doctrinario, politizado y con perspectiva continental (8). Las doctrinas de la Seguridad Nacional (9) le daban una nueva coherencia ideológica y política y un sentido mesiánico de su misión histórica. En la guerra interna contra el comunismo internacional, los ejércitos eran el eje del Estado y los defensores de la civilización "occidental y cristiana". La izquierda, legal o ilegal, se vio sometida a la dura prueba de las verdaderas dictaduras militares desde mediados de los sesenta. Por ironías del destino, los ejércitos, creados para la defensa de la soberanía nacional, se convirtieron así en promotores del nuevo Estado latinoamericano, sensiblemente desnacionalizado. Las más rígidas dictaduras militares —como las Argentina, Brasil y Chile— fueron también

8. La creciente vinculación de los ejércitos del continente se expresó, por ejemplo, en el llamado "Plan Viola" para América Latina, diseñado por el general argentino del mismo nombre y asumido en la reunión de altos mandos militares del continente celebrada en Bogotá, en 1979. El desastre del ejército a comienzos de 1982, y su caída del gobierno, interrumpió ese proceso.

9. Para un estudio de esta doctrina ver: Joseph Comblin, *El poder militar en América Latina*, Salamanca, Ediciones Sigüeme, 1978. Por ser escrita por su principal expositor latinoamericano es, así mismo, de interés la obra del general brasileño Golbery do Couto e Silva, *Geopolítica del Brasil*, México, El Cid Editor, 1978 (traducción de Paulo R. Schilling).

las que impulsaron más decididamente, durante los setenta, la política neo-liberal.

El nuevo militarismo se encarama al poder en 1964, en los Estados Unidos del Brasil. El general Castelo Branco inicia la historia de los allanamientos, de las detenciones masivas, de las desapariciones nunca aclaradas, de los escuadrones dedicados al buen oficio de la muerte ajena. Da comienzo al vandalismo estatal que habría de hacer escuela en todo el continente. En 1973, el mal se extiende al Uruguay, bajo el auspicio civil del presidente Bordaberry quien es finalmente depuesto en 1976. Los "Tupas" primero, y luego sus parientes, sus amigos, y los amigos de sus amigos son sometidos a una cacería implacable. La renovada ilusión socialista de 1970, del Chile de Allende, es arrasada en 1973 con el bombardeo a la Casa de la Moneda y la muerte del presidente constitucional. La junta militar entroniza al general Pinochet. Tres años después, en 1976, le llega su hora a la Argentina. Un súbito golpe militar encarcela a la viuda de Perón, e impone en la Presidencia al general Videla. Se inicia entonces una violenta cacería humana. Alrededor de 30.000 argentinos son asesinados o desaparecen por obra del régimen. Bolivia padece, en 1980, el golpe del general García Meza, quien interrumpió así el incipiente proceso democrático. Buena parte de América Latina queda cubierta con una mancha verde-oliva teñida de sangre.

En el resto del continente los militares acrecieron sensiblemente su poder, según la necesidad. En Colombia, por ejemplo, bajo el gobierno del presidente civil Turbay Ayala (1978-1982), se implantó un severo Estatuto de Seguridad que llevó a la cárcel y a la tortura a miles de activistas y dirigentes populares. Con excepción del Perú, donde las Fuerzas Armadas llevaron a cabo un contradictorio experimento nacionalista y popular, en los demás países las Fuerzas Armadas volvieron su poderío bélico en contra del "enemigo interno".

Pero las ilusiones de revolución continental no se esfumaron solamente por causa de la represión. Desde sus inicios, la izquierda de los setenta tuvo quizás la marca de su origen estudiantil y de clase media. Prosperaron en ella antiguas formas de autoritarismo: el estilo dog-

mático de sus planteamientos, el sectarismo, la lucha interna por el poder, la disputa por una pretendida hegemonía sobre las masas. Esta presunción juvenil e intelectualista la aisgó del pueblo y la debilitó internamente. Parejamente, fueron perdiendo poder de seducción los antiguos modelos del socialismo real, a los que la izquierda latinoamericana estaba tan ligada. La invasión de Afganistán en 1979, y el respaldo a la represión del movimiento obrero "Solidaridad", a partir de 1980, contribuyeron a deteriorar la imagen ya desgastada de la Unión Soviética, con mayor eficacia que las invasiones a Hungría y Checoslovaquia. China emprendió el camino de la desmaoización después de la muerte del Gran Timonel, se empeñó en la industrialización a costa de la despolitización interna y de la solidaridad internacional. En vano algunos pequeños grupos trataron de suplir el vacío dejado por la China de Mao con la lejana Albania socialista. La misma revolución cubana, por muchos conceptos aún ejemplar, no ejerce hoy el mismo atractivo de sus primeros años, debido a su dependencia forzosa de la URSS, a los obstáculos con los que ha tropezado su desarrollo económico y a la prolongación de un régimen personalista y vertical.

Mención especial merece el frustrado experimento de Salvador Allende (1970-1973). El intento chileno puso de manifiesto las presiones y dificultades internas y externas a las que se ve sometido hoy cualquier gobierno latinoamericano que intente introducir cambios sustanciales en el orden social y político. El Chile de Allende fue víctima de la presión de la CIA a través de la ITT, del bloqueo de los gremios económicos, y de los partidos de oposición. Pero al mismo tiempo develó, trágicamente, las propias divisiones de la izquierda. A Salvador Allende no lo derrotaron solamente sus enemigos, sino también sus compañeros de causa.

El golpe a la Casa de la Moneda cierra el círculo de los interrogantes que asedian desde fines de los setenta a la América Latina. Un desarrollo capitalista propio se ha mostrado inviable. Si la alternativa socialista por la vía armada tampoco parecía posible, a partir de 1973 parece como si un socialismo por medios pacíficos y electorales tuviera así mismo cerrado el cami-

no. Se ahonda, entonces, la incertidumbre acerca del destino histórico del continente.

Con cierto desencanto, los años setenta fueron dando fin a un período en el que se soñó con el rápido triunfo de la revolución continental. Desde mediados de la década, y por los factores ya enumerados, la izquierda marxista-leninista entró en un proceso de crisis ideológica y organizativa que aún perdura.

Las ciencias sociales reflejan el desconcierto. El abuso de las generalizaciones, el cambio de modelo de acumulación en curso, la dictadura y el exilio lleva a los analistas a abandonar silenciosamente el esquema teórico general de la dependencia y a limitarse a los estudios nacionales y regionales.

4. Los años ochenta: la incertidumbre manifiesta

La década de los ochenta saca a la luz pública la crisis latinoamericana. La incertidumbre se prolonga hasta hoy sin señales de solución.

Sólo por eufemismo político las mismas clases dirigentes de antaño siguen hablando de programas y proyectos de "desarrollo". La verdad es que la implantación del nuevo modelo de acumulación internacional en América Latina sólo promete, en el mejor de los casos, un crecimiento económico en beneficio de minorías aún más reducidas, pero no permite pensar en un auténtico desarrollo que sea a la vez económico, social y político. Por el contrario, presupone un incremento considerable de la dominación cultural y de la coerción militar.

Pero los años ochenta son contradictorios. Curiosamente, mientras se agudiza el deterioro económico y social, una cierta "redemocratización" política parece imponerse. En el campo popular y de clases medias, por su parte, surgen nuevas formas de organización y de lucha por múltiples liberaciones. A la vez aparecen signos de frustración y desesperanza: en el terreno de la lucha por el control del Estado, se fortalece en algunos países un movimiento armado con escasa proyección política, y se recrudece la "guerra sucia" por parte del establecimiento. En el ámbito social, prolifera la

descomposición y la delincuencia. El narcotráfico, que se extiende desde Perú, Bolivia y el norte de Brasil, pasando por Colombia, Centroamérica y México hasta llegar a los grandes mercados del Norte, trae consigo descomposición y violencia.

Los setenta pusieron la premisa que le da sus rasgos específicos al desarrollo del nuevo modelo de acumulación en América Latina: el endeudamiento externo. Debido a la devaluación de las monedas latinoamericanas frente al dólar, al alza de los intereses, al deterioro de los términos de intercambio y al proteccionismo de los países industrializados, el crédito originariamente barato se tornó en deuda impagable. Hoy la banca internacional sabe que América Latina no podrá cancelar la totalidad de sus deudas, pero América Latina sabe que deberá seguir pagando indefinidamente sus intereses si quiere sobrevivir en el actual orden internacional. Y así, préstamos que se recibieron ávidamente como la necesaria anticipación del desarrollo, se convirtieron en hipoteca del presente y del futuro de América Latina para con la banca internacional. De economía siempre endeudada, la nuestra pasó a ser economía para el pago de la deuda. Ante la carencia de productos manufacturados aptos para la exportación, la mayor parte de los países latinoamericanos (10) paga la deuda con recursos naturales y materias primas cada día más devaluadas.

La hipoteca económica tuvo, además, su equivalente político. A través del Fondo Monetario Internacional, el capital financiero ha impuesto sus propias condiciones de política interna, reduciendo drásticamente, con la connivencia de las minorías dirigentes, el ya estrecho margen de soberanía nacional de los Estados latinoamericanos. Las forzosas medidas de "ajuste" socializan los efectos de la crisis y privatizan las ganancias. Castigan a las clases medias y trabajadoras en beneficio del capital privado y del Estado. Son medidas similares para todo el continente: devaluación de la moneda, contención de salarios por debajo de la inflación, reducción del gasto social del Estado, supresión de subsidios, aumento de impuestos indirectos y reducción de los directos, liberación de

10. Con la excepción relativa de Brasil, México y Argentina.

importaciones, etc. Desde su perspectiva neoliberal, el capital transnacional impulsa así el nuevo modelo de Estado: el Estado mínimo que debe sustituir al incipiente Estado de Bienestar latinoamericano (11). De este modo, se lleva a cabo, insensiblemente, la transformación de la naturaleza y función del Estado. De garante de la unidad y soberanía nacional se transforma, en buena medida, en agente intermediario entre el capital internacional y las mayorías subalternas nacionales. El Estado latinoamericano queda situado en una inestable contradicción: dirigido por las nuevas élites, responde a la lógica y a los intereses del capital internacional, pero en su calidad originaria de garante de la unidad nacional, debe dar satisfacción a las crecientes demandas de las mayorías para mantener su legitimidad.

A través de las altas tasas de interés, la devolución de la moneda, el crédito y el endeudamiento, el capital privado internacional ha impuesto su predominio en el continente. En primer lugar, mediante una voluminosa fuga de capitales, reducidas élites latinoamericanas han ligado su prosperidad a la buena suerte del capital especulativo. De este modo, los pueblos de América Latina contribuyen a financiar, a través del pago de la deuda, la condición de privilegio de sus minorías dominantes. Por otra parte, tras el capital financiero se ha expandido aún más la presencia del capital productivo y comercial transnacional. Como en otras regiones del mundo, la fuga de capitales nacionales en busca de paraísos financieros, sumada a los altos costos del capital, ha traído consigo la parálisis de la inversión productiva nacional. Ante la ausencia de inversión y la descapitalización de las economías nacionales, los Estados buscan afanosamente atraer capitales internacionales, ofreciéndoles todo tipo de privilegios tributarios y arancelarios, lo que acelera aún más la decadencia de muchas de las empresas creadas por las burguesías latinoamericanas en las décadas anteriores. Las élites dirigentes, impreparadas para asumir la competencia en el mercado mundial, prefieren invertir ahora sus dineros en la banca internacional

o asociarse con las empresas transnacionales. De este modo, a través del capital financiero, la industria y el comercio, como el mismo Estado, se desnacionalizan. La internacionalización del capital trae consigo, obviamente, su desnacionalización. Con todo, la estrechez de los mercados latinoamericanos y la incertidumbre acerca de sus condiciones de estabilidad social y política no parecen ejercer un atractivo suficiente sobre el nuevo capital. En algunos países se habla incluso de procesos de "desindustrialización" (12) y en todos ellos, de parálisis de la inversión productiva. La industrialización nativa, santo y seña del desarrollo desde los años veinte hasta los sesenta, parece estancada por término indefinido.

Las consecuencias sociales del nuevo modelo de acumulación son funestas: fortalecimiento de reducidas minorías desnacionalizadas por su vinculación al capital internacional y con frecuencia parásitas por su carácter rentista; erosión de las capas medias, abocadas al desempleo y los malos salarios; proletarización y debilitamiento de las clases trabajadoras; altos índices de desempleo. La producción se orienta progresivamente hacia el mercado mundial y no hacia el consumo interno. Mucho menos a la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría. En suma, avanza una agudización acelerada del conflicto.

Para hacer frente de alguna manera al desempleo masivo, algunos Estados (13), organismos financieros multilaterales y poderosas empresas privadas estimulan ahora la pequeña empresa, articulándola en ocasiones a las más grandes para la producción de partes. El efecto es múltiple: fuera de generar empleo y mitigar así el conflicto, el capital se ahorra buena parte de los costos laborales (como prestaciones y cesantías) y desarticula el conflicto obrero-patronal. El antes denominado sector "informal", "atrasado" o "tradicional" en relación con el modelo de desarrollo capitalista "formal" y moderno, tiende así a institucionalizarse. La informalidad se formaliza. De este modo, se consagra un esquema social dual, conformado, de una parte, por una estricta minoría ligada al capital internacional y regida

11. Estado de Bienestar más desarrollado en los países del Cono Sur, como Argentina, Chile y Uruguay, pero de todas maneras precario en relación con el Welfare State de los países industrializados.

12. Como en la Argentina y en Chile, por ejemplo.
13. Por ejemplo, Brasil y Colombia.

por "estrategias de crecimiento", y de otra, por la gran mayoría para la cual se diseñan "estrategias de sobrevivencia" y planes contra la "pobreza absoluta". Esta dualidad no significa, sin embargo, paralelismo: el bienestar de los pocos se mantiene a costas de la pobreza de la mayoría. Se trata de un modelo de crecimiento económico sin desarrollo social y político.

La involución del continente, sin alternativas a la vista, ha traído consigo un nuevo fenómeno creciente: la descomposición social. Crece la delincuencia como escape atomizado a la dosificada muerte cotidiana. Las grandes ciudades se tornan cada vez más agresivas y peligrosas. La individualización extrema de la desesperanza dificulta las soluciones colectivas.

Del seno de la delincuencia surge, además, un hecho masivo que involucra cada vez más amplios sectores y países y cuya significación final todavía está por definirse: el narcotráfico. Mientras fue promovido por clases subalternas, significó la transformación del desempleo y la delincuencia individual en una poderosa delincuencia organizada e internacional. En tales condiciones de ilegalidad, ha corroído hasta ahora, aceleradamente, la sociedad y el Estado mediante la incontestable dialéctica del soborno y el terror. Cada vez más, sin embargo, involucra amplios sectores de las capas medias y clases dirigentes tradicionales en decadencia y podría convertirse así en una forma de acumulación originaria de nuevas burguesías surgidas de la crisis. Comoquiera que sea, dejará tras de sí un legado de descomposición, ilegalidad y violencia. Si Estados Unidos se empeña en bloquear al narcotráfico mediante la presión unilateral a la producción, no es posible prever el grado de destrucción que puede traer a los países involucrados, ya que a diferencia de la mafia de Chicago, el narcotráfico en América Latina no es asunto de unas pocas "familias", sino derivación masiva del modelo de acumulación y de la crisis que padece el continente, y producto de una demanda inagotable de países avanzados con un creciente déficit de proyecto histórico que les dé sentido.

5. La evolución política en la década

En este contexto económico y social poco esperanzador, la evolución política es contradictoria y todavía muy incierta. Como la década de los sesenta, también la de los ochenta estuvo precedida por un triunfo revolucionario. Cuando todo parecía indicar que Cuba quedaría como excepción solitaria en el área, las prolongadas dictaduras proconsulares de América Central se convirtieron en catalizadores de revolución. Primero sobrevino el triunfo insurreccional del Frente Sandinista en Nicaragua, en 1979. A él se añadió, en 1980, la "ofensiva general" del movimiento guerrillero en El Salvador y el fuerte desarrollo de la lucha armada en Guatemala. La revolución parecía tomar nuevo aliento, y ahora sobre terreno continental. Con menos ímpetu que la revolución cubana, debido quizás a la amarga experiencia latinoamericana de los años setenta, la lucha y el triunfo centroamericano dieron nuevos ánimos a la lucha guerrillera en Colombia y en Perú (14).

Sin embargo, el nuevo auge revolucionario se estrelló contra los esfuerzos de la administración Reagan y de la nueva derecha norteamericana por reconstruir la hegemonía de la potencia del Norte. En este sentido, su política hacia América Latina abarca dos dimensiones: "redemocratización" (15) del régimen, como una forma de darle legitimidad a los gobiernos amigos en la lucha antisubversiva; y "guerra de baja intensidad" que ahorré el desgaste político de una intervención militar directa de los marines, aunque tampoco se la descarte. Señales intermitentes en este sentido se emiten para todo el continente: invasión a la pequeña isla de Granada, desembarque de marines en Honduras (abril de 1988), amenazas a Panamá (abril de 1988).

Centroamérica se convirtió en el "test" de credibilidad de la nueva política de contención norteamericana. La guerra de baja intensidad

14. Con Sendero Luminoso y el Movimiento Túpac Amaru en el Perú. Las FARC, el ELN, el EPL, el M-19 y otros movimientos armados en Colombia.

15. La "redemocratización" encubre una realidad bastante más modesta: se trata, ante todo, de garantizar que los gobernantes lleguen al poder del Estado por vía electoral. Sin embargo, con el retorno de los gobiernos civiles se han recuperado también, de ordinario, libertades públicas desaparecidas durante las dictaduras.

incluye todas las formas de agresión indirectas: el bloqueo económico, el apoyo a los "contras" o a los ejércitos de cada nación, el estímulo a la "guerra sucia" (16) y al asesinato político. Ha logrado algún éxito militar: ha mantenido en vilo el proceso nicaragüense, ha estancado la guerra en El Salvador e hizo retroceder a las fuerzas guerrilleras de Guatemala. La guerra sucia se manifiesta hoy, sobre todo, en las naciones donde los conflictos son más agudos: en Centroamérica, particularmente en Nicaragua, El Salvador y Guatemala; en Colombia, Perú y México; en el norte del Brasil; desde luego en el Paraguay, de donde nunca ha estado ausente. Es por ahora menos notoria en los países que aún viven la euforia de la recién recuperada democracia y en donde las dictaduras desarticularon hondamente el movimiento popular. Pero, tras el desgaste de los ejércitos en el poder, está latente en todo el continente como el muro de contención para la ola de rebeldía popular de la próxima década.

Sin embargo, tras un primer efecto de freno a la lucha revolucionaria en Centroamérica (1980-1983), la política de la derecha norteamericana parece revertirse paulatinamente en su contra, e irse convirtiendo en una incipiente derrota política en toda el área. Curiosamente, la redemocratización y el restablecimiento de los regímenes civiles ha contribuido a este revés.

Tres hechos han provocado, por primera vez en la historia, un inicio de organización política autónoma de América Latina frente a la potencia americana: el peso agobiante de la deuda, el apoyo de Estados Unidos a Inglaterra en la guerra colonialista de las Malvinas y la intervención norteamericana en Centroamérica, en contra de todo derecho internacional. Las tres causas, la primera de carácter económico y las dos últimas político-militares, son hoy asumidas de manera conjunta por un solo frente continental: el Grupo de los Ocho, en estrecha alianza con los gobiernos centroamericanos. Al logro de su debilitamiento apunta, dicho sea de paso, la crisis provocada por la administración norteamericana en uno de sus países miembros: Panamá.

16. "Guerra sucia" se ha denominado, habitualmente, a la represión ejercida por fuerzas del establecimiento al margen de la ley y de manera, desde luego, clandestina.

La violación norteamericana del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en las Malvinas (1982), suscitó la protesta continental (17) y relajó el vínculo del Pentágono con ejércitos claves, como el argentino y el brasileño. Pero no generó inmediatamente una respuesta orgánica de América Latina. El conflicto centroamericano llevó a la activación del Grupo de Contadora (18) a partir de 1983, al que se sumó luego, en Lima, el Grupo de Apoyo (1985). La crisis de la deuda, por su parte, condujo al Consenso de Cartagena. Finalmente, la perduración y agravamiento de los dos tipos de problemas, económicos y políticos, hicieron converger al Grupo de Contadora y al Grupo de Apoyo en uno solo: el actual Grupo de los Ocho (1986). En el espacio abierto por estos Grupos, los gobiernos centroamericanos pudieron llegar al Plan de Paz del Presidente Arias, y a sus versiones sucesivas en Esquipulas I (1986) y Esquipulas II (1987). Por primera vez en la historia, a fines de 1987 se reunieron, en Acapulco, los presidentes de los ocho países sin la presencia de Estados Unidos. Sus declaraciones finales son un desafío, discreto desde luego, a los principios aplicados por la administración norteamericana en el área.

El desarrollo de esta nueva diplomacia, multilateral e independiente de Estados Unidos, ha puesto en marcha un proceso de aproximación política latinoamericana, basada en una diferenciación de sus intereses frente a Norteamérica. Ha sido, a la vez, un fuerte obstáculo para el desarrollo de la política estadounidense en la región. En alguna medida, le ha infligido una derrota a la administración Reagan, allí donde ésta quería sentar el precedente definitivo de su renovada credibilidad. A los desaciertos norteamericanos, ha venido a sumarse, recientemente, la presión imprudente sobre Panamá, provocando allí una crisis para la que no tenía una clara solución.

En cuanto a la redemocratización, ésta se impuso en Honduras, El Salvador y Guatemala. Gobiernos militares fueron sustituidos por gobiernos civiles mediante sendos procesos electorales. La redemocratización se extendió también al Cono Sur (con excepción de Chile y Pa-

17. Con excepción del gobierno de Turbay, Colombia.

18. Conformado por México, Colombia, Venezuela y Panamá.

raguay), aunque allí más bien en razón del fracaso interno, económico y político, de las dictaduras militares. El proceso se inició con la derrota militar del ejército argentino en su aventura de las Malvinas, emprendida con el ánimo de reconquistar la legitimidad perdida. Esta aplastante derrota, en su propio campo, rebosó la copa. En Uruguay, el ejército entregó el control visible del poder central tras el plebiscito de 1980, que confirmó el rechazo de la población a la bota militar. En el Brasil, un ejército poderoso que ha mantenido vínculos permanentes con el poder civil durante todo el siglo, inició su "apertura democrática", presionado por los gritos multitudinarios de "¡as direitas agora!": ¡elecciones directas ya! En Bolivia se reabrió el incipiente proceso democrático a partir de 1982.

Más importante que la caída de los gobiernos militares y el restablecimiento de los civiles, es la redemocratización de las mentalidades en el Cono Sur, y un poco por todas partes en América Latina. La percepción de este fenómeno es importante para comprender los nuevos Movimientos de liberación en el continente.

La crisis económica provocada por el endeudamiento externo explotó en manos militares, que además la agudizaron con enormes gastos bélicos, mala administración y corrupción desmedida. La expansión del nuevo modelo capitalista ahondó la crisis social. La sistemática violación de los derechos humanos en nombre de la seguridad suscitó el repudio nacional e internacional. Las Fuerzas Armadas no resolvieron sino que aplazaron la crisis política. Esta suma de fracasos hizo que perdieran, probablemente, parte de la confianza inicial en su papel propio providencial, aunque los efectos de esta crisis de identidad sólo podrán percibirse en el mediano plazo. La doctrina de la Seguridad Nacional perdió, sin duda, piso sicológico. Por otra parte, los desaciertos militares condujeron a la oposición a buena parte de los sectores sociales y políticos que les habían dado su apoyo inicial, escarmentados quizás por la experiencia. Además, y esto no es lo menos importante, una parte significativa de la izquierda latinoamericana ha ido revalorando la democracia, con todo y sus enormes limitaciones en América Latina. Para comprender los actuales esfuerzos de liberación, es necesario ahondar un poco en este punto.

En las dos décadas anteriores, el Estado capitalista, democrático-representativo, era considerado por la izquierda marxista-leninista como "democracia burguesa" y "dictadura de clase", sin darle mayor significación a las diferencias de régimen. Desde esa perspectiva, la única estrategia posible ante el Estado burgués era la lucha por su conquista y posterior destrucción. Cuando más, se podría haber hecho un uso táctico de los "espacios democráticos-burgueses" del Estado, pero sólo para poderlo destruir más eficazmente después. En esta convivencia táctica con el "aparato estatal", la izquierda latinoamericana era en general tímida, más tímida que el mismo Lenin, por temor al "reformismo". La terrible experiencia de las verdaderas dictaduras durante los setenta permitió establecer, sobre todo en el Cono Sur, la enorme diferencia existente entre la "dictadura burguesa" bajo formas democráticas y la dictadura sin más. Este proceso, sumado al desencanto con los modelos autoritarios del "socialismo real", y al rechazo del verticalismo presente en las organizaciones de izquierda, hicieron entrar en crisis al leninismo latinoamericano.

De esta crisis ha surgido una fragmentación y desdoblamiento de los proyectos de liberación en América Latina. Amplios sectores consideran hoy la democracia, bajo cualquiera de sus formas, como una causa popular: espacio de participación y fortalecimiento de las clases subalternas, de "poder popular". Estos sectores son habitualmente los más cercanos a los Nuevos Movimientos Sociales. En cambio, en algunos países se ha fortalecido militarmente una guerrilla cada vez más fundamentalista, aferrada a un marxismo-leninismo doctrinario, ante la quiebra de los modelos del socialismo real. Estos dos caminos parecen hoy divergentes y hasta contrapuestos, ya que sus concepciones y prácticas discrepan diametralmente. Pero en este campo nadie podría predecir el futuro con certeza.

La corriente que revalúa la democracia como causa popular es hoy preponderante en la intelectualidad latinoamericana y entre los sectores críticos de clases medias urbanas, sobre todo en las grandes ciudades o en países donde ha existido un Estado de Bienestar más fuerte

y una sociedad civil más consolidada (19). ¿Triunfo de la política de redemocratización en el área o maduración de la intelectualidad y del movimiento popular?

En todo caso, la redemocratización de las mentalidades no se identifica con la redemocratización de los gobiernos, mediante la cual las burguesías tradicionales y las nuevas, apoyadas por la administración norteamericana, intentan cooptar a los movimientos populares y a sus dirigentes, algunas veces con éxito. Al control del Estado han vuelto las mismas clases y partidos que gobernaban antes de las dictaduras, las que auspiciaron o coheredaron los golpes y la represión. Las clases dominantes de siempre. Para ellas, se trata del retorno a la "normalidad". Pero han regresado con una diferencia: vuelven sin ilusiones, sin proyecto histórico, ceñidos a fórmulas de corto plazo.

Los dirigentes de hoy querían un desarrollo integral, pero saben que es imposible mientras no reformulen radicalmente sus relaciones con el capital internacional y con sus sedes políticas, de cuyo respaldo depende —económica, política y militarmente— la continuidad de su dominación. De allí que no se deban sobrevalorar sus gestos de autonomía política. El Grupo de los Ocho adopta posturas de independencia frente a la intervención militar de Estados Unidos en el área, pero no sentará una posición energética. Los gobiernos quieren la democracia, pero sin pueblo que le de contenido. La quieren como ha sido siempre: como forma jurídica y fórmula electoral. Por ello alimentan, simultáneamente, las formas pacíficas de la democracia y la realidad de la guerra interna. De esta unión ilegítima surge la guerra sucia, no sólo como política norteamericana, sino ante todo como respuesta de las mismas clases dominantes nacionales a la presión popular. La represión encubierta puede convivir, solapadamente, con la redemocratización restringida. Es la forma de represión privilegiada para esta nueva fase de la historia continental. Si la clase dirigente latinoamericana había tenido siempre dificultad para formular un verdadero proyecto nacional de desarrollo que le permitiera ejercer una auténtica hegemonía, con el nuevo modelo de acumulación es prácticamente im-

posible. Deberá tener a la mano, con más veras, el auxilio de la coerción y de la fuerza.

A la par con este nuevo aire democrático, se ha fortalecido con la crisis una guerrilla cada vez más militarista en países en los que el peso del sector agrario tradicional es todavía significativo (20). Encarna, quizás, la desesperación social sin salida política a corto plazo. Despojada de los modelos de revolución y socialismo que la habían guiado en las décadas pasadas, y sin relación con el debate político nacional, esta nueva guerrilla se acantona en una versión doctrinaria del marxismo-leninismo o en vagos ideales nacionalistas y populistas, y se lanza a una acción militar de corte frecuentemente terrorista. En este sentido, sería posible hablar hoy de una tendencia a la "senderización" (21) de la guerrilla latinoamericana. Sumado a la guerra sucia del régimen, el terrorismo guerrillero contribuye al deterioro general de la confrontación política.

En el contexto azaroso e incierto que hemos descrito, surcado de temores y esperanzas, han venido surgiendo los nuevos Movimientos Sociales, que son el objeto de la segunda parte de este ensayo y tema central de nuestra reflexión.

19. Fundamentalmente en Argentina, Uruguay y Chile.

20. En El Salvador, Guatemala, Colombia y Perú.

21. Por referencia a "Sendero Luminoso", del Perú, que parece encarnar de manera ejemplar este perfil fundamentalista de la nueva guerrilla latinoamericana. Incluso la misma guerrilla salvadoreña parece no escapar por completo a esta tendencia.

